

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Alfonso Reyes, *La filosofía helenística*. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.

Alfonso Reyes emprende en este Breviario —que no es tal, puesto que consta de 300 páginas— una tarea verdaderamente difícil: la de exponer en forma sintética y ordenada el desarrollo de la filosofía helenística. Esto es, aquella que va de 323 a. c. a 565 d. c. Difícil verdaderamente porque se trata de una multitud de sistemas, opiniones y hasta actitudes que establecen un puente entre la filosofía intelectual de Aristóteles y la mística filosófica de Plotino. Panorama plagado de cabezas menores, entre las que, sin duda, se destacan algunos auténticos ingenios.

Reyes no era un filósofo profesional, se define a sí mismo, en la breve noticia que antepone al texto, como un humanista que pretende considerar la crítica literaria en la edad alejandrina, pero que, para ello, se encuentra con la necesidad de “asear el camino”, representarse aunque sea en forma sumaria “el cuadro total de la cultura alejandrina”. Se trata, pues, de un estudio previo a otro estudio. Y por eso dice: “el especialista podría considerarnos acaso con alguna conmiseración, como nosotros a él, por nuestra parte. Pero andamos por la tierra algunos ‘especialistas en universales’. No nos resignamos a estudiar los objetos de la cultura como objetos aislados. Necesitamos sumergirnos en los conjuntos históricos y filosóficos de cada época. De aquí nuestras aparentes audacias. Lo son solamente por venir de un estudiante que ha pasado ya los sesenta años, y todavía reclama el derecho juvenil a seguir leyendo, tomando notas y organizando sus lecturas”.

Ahora bien, el hecho de que la finalidad última de Reyes no sea la de escribir solamente un tratado sobre la filosofía helenística, no demerita en modo alguno su libro. Al contrario, lo salva de incurrir en los errores y las deformaciones propias del profesional. Es, desde luego, mucho mejor que un tratadito alemán que anda en las manos de nuestros estudiantes.

Su primera ventaja reside en el estilo. Reyes dice que la preocupación de los estoicos por las denominaciones exactas dio comienzo a ese “mal inevitable de los tecnicismos repelentes, que también conduce al peligro de dar una fijeza extrema a las especies movibles de la realidad y el pensamiento, especies que, en el lenguaje de Platón o de la mística española, circulan como el aire mismo de la vida. Pero sólo puede prescindir del tecnicismo el estilo literario excelso, capaz de descubrir, a cada instante, una nueva palabra única en el caudal ya creado del idioma” (pág. 115). El humanismo de Reyes y su extraordinaria vocación literaria lo hacen disfrutar de esta última virtud. Su amplísimo vocabulario y su gran estilo le permiten decir mejor y más bellamente las cosas que al filósofo profesional. No menoscaba con ello la precisión de la idea, al contrario, la hace más accesible, más clara, y muchas veces la ilustra. Su visión totalizadora de la cultura helenística le permite poner de relieve los vasos comunicantes entre la realidad histórica y la filosofía. Y gracias a este método el Breviario cumple cabalmente con su misión.

Se encuentra dividido en tres partes. En la primera, ofrece un panorama de lo que fue la helenización del mundo antiguo, a través de los centros menores de cultura y de los mayores: Atenas

y Alejandría. En la segunda expone los principales sistemas filosóficos; los que representan la tradición: atomistas, académicos, peripatéticos, megarenses, cínicos y cirenaicos; y los que representan la novedad: escépticos, estoicos, epicúreos, por un lado, y por otro los judeo-helénicos. La tercera parte está dedicada a lo que se llama el período religioso: antes de Plotino, la filosofía misma de Plotino y la herencia de Plotino. Concluye el libro con la clausura de la Academia platónica por Justiniano (529 d. c.), término de la edad antigua y principio de la cristiandad propiamente.

“Está ya mandada retirar la concepción de la era helenística como una decadencia” (pág. 25), dice Reyes, ella no supone otra cosa que la helenización del mundo antiguo, la expansión de la cultura helénica por el Oriente. “La Antigüedad clásica había destilado una quintaesencia del espíritu encerrándola en una preciosa y diminuta redoma. Alejandro rompió la cápsula y los concentrados aromas se difundieron. El oriente empieza a respirarlos, y luego las legiones romanas los transportan en la ráfaga de sus conquistas” (pág. 18). Este derrame de Grecia en el mundo de su época realizó, aunque sólo fuera en términos generales, el ideal que los eruditos le atribuyen a Alejandro: la unificación de la humanidad. Ideal que, por fortuna —dice Reyes—, no se reducía al solo panhelenismo, a la unificación de las unidades griegas. En todo caso, si la soñada unidad humana no se produce, sí se lleva a efecto un hibridismo cultural provechoso. “En el campo de la cultura, todo hibridismo acaba en fecundidad, por mucho que de momento perturbe los hábitos establecidos. Es ley del espíritu. Más aún: es el destino de la vida” (pág. 25). Por eso, el foco cultural de la época es Alejandría, ciudad híbrida por excelencia. Reyes cita a Polibio, quien considera mejor grupo de población a los alejandrinos, pro-

ducto directo de la mezcla que no a los indígenas egipcios o a las masas militares de griegos y macedonios.

Reyes ofrece un panorama de esa fusión cultural pasando revista a las ciudades griegas y orientales: Pela, Siria, Siracusa, Silicia, Tarso, Cos, Nicea, Rodas, Atenas, Alejandría y Pérgamo.

En la segunda parte, tras de examinar las prolongaciones de las antiguas escuelas, Reyes caracteriza, en general, a las nuevas doctrinas: 1) en primer término, la filosofía hace un esfuerzo para responder dignamente a la necesidad religiosa; no se pierde de vista la relación entre el alma y la divinidad y se declara guerra a muerte contra las supersticiones populares comunes a todas las sectas. 2) Junto a la cuestión religiosa, aparece, con nuevo sentido, la cuestión ética. Las filosofías clásicas no sintieron la necesidad de distinguir a fondo entre la política y la ética, porque no concibieron ningún antagonismo entre el individuo y el grupo, entre la conducta del particular y la conducta del Estado. Pero destruida la Polis, los nuevos filósofos aleccionan más al individuo que a la sociedad. “Es la era de la moral privada” (pág. 49). Moral que se encamina en dos direcciones; por un lado hacia la austeridad, y por otro, hacia el desenfado. 3) “La moral parte de una investigación de la dicha y llega a un fin en sí, a un imperativo. La dicha se entiende como anulación del temor. El temor se anula unas veces por diversión, echándose tierra a los ojos con el espectáculo de los sentidos, sin duda la postura más débil; otras, por bravura y ataque directo. En uno y otro extremo, se comienza por limpiar el ánimo de bajas supersticiones. Los desengañados epicúreos, últimos frutos del intelectualismo ateniense, niegan que la divinidad se ocupe del hombre. Los escépticos se encogen de hombros. Los cínicos parecen niños que blasfemasen contra la sociedad existente, sin cuidarse de las consecuencias. Los responsa-

bles estoicos transforman la relación entre el hombre y la divinidad, entre el individuo y la sociedad, de forma que exigen el arrojo, la resignación y el sacrificio. Los cirenaicos y los hedonistas extremos viven una hora de sol; los estoicos, una estación de lluvias. Aquéllos no engañan, sino aturden; éstos desengañan más de lo que conviene al equilibrio de quien no nació para héroe. Ya en el estoicismo romano, Séneca, precristiano en cierta manera, no resistirá el afán de unir al Creador y a la criatura por un lazo de simpatía cordial y no puramente racional. Entretanto, los buscadores de la dicha han sacrificado la dicha, que ya no aparece como un bien positivo, sino como ausencia de dolor. 4) De aquí que, en el período siguiente, las filosofías propiamente religiosas superen estos puntos de vista y se arrojen decididamente en brazos de una divinidad amorosa. 5) Entre todos estos intentos, corre, a lo largo de la Edad Alejandrina, la maleza borrosa del eclecticismo, y serpentea la vereda sofística donde, según la dolencia de la época, se discute sin concluir, en deporte excelso e inacabable. Pero, en conjunto, puede afirmarse que la preocupación de la filosofía helénica, en esta hora de su ocaso, es encontrar el Sumo Bien, sobre el cual hay tantas y tan diversas doctrinas que el erudito Varrón —según Cicerón, el más sabio de los romanos— llegó a contar hasta doscientas ochenta y ocho” (pág. 50).

Parte importantísima de este brevario es el análisis del helenismo judío, el que corresponde a la Diáspora, esto es, a la dispersión judía fuera de Palestina, y especialmente de la filosofía judía en Alejandría. Hace notar Reyes, por ejemplo, “la influencia de las filosofías postaristotélicas en el *Eclesiastés*” (pág. 172), su parentesco con el escepticismo, el estoicismo, el epicureísmo, e incluso con las enseñanzas de Hipócrates. Pone de relieve cómo en el pensamiento judeo helenístico, funda-

mentalmente en el de Filón Hebreo, contemporáneo de Cristo, se prevén los problemas que va a suscitar el encuentro entre el judaísmo y el cristianismo con la filosofía griega, “la lucha en la conciencia debe de haber sido muy amarga. Bajo los suaves discursos de Filón Hebreo, se adivinan las dudas de la sociedad a que pertenece, tal vez las discusiones entre padres e hijos, el terrible esfuerzo por conciliar, hasta con el disparate de las metáforas más inconsistentes, el respeto por los libros amados y las fascinaciones de la razón griega” (pág. 178).

En la tercera parte de este libro se analizan las filosofías del llamado período religioso. Desfilan, así, las figuras y los pensamientos de Cicerón, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio y los demás latinos. Se prefigura la sociedad romana de la época, miscelánea y sincrética, en la que lo mismo se adora al dios cristiano, a Osiris, Serapis, Mitra, Ormuz, y Arimán, Zeus-Júpiter, etc. Y junto con esta extraña mezcla se ven florecer la magia, la astrología, la teosofía, la demonología y la adivinación de los sueños. Reyes nos describe a un Plotino, surgiendo en medio de esta sociedad, y haciendo uso de todo su genio para destilar en un sistema coherente lo mejor de la actitud religiosa nueva y la herencia de las filosofías clásicas. Sin duda la exposición sintética de este sistema constituye una de las mejores páginas del libro. Después todo va decreciendo, aparecen los herederos de Plotino: Amelio, Porfirio, Jámblico, etc. Las cabezas menores proliferan y hacen esfuerzos desesperados por ser originales, hasta que, poco a poco, se van convirtiendo de filósofos en pacientes catedráticos. Empujados y anulados por el auge cristiano. “Un día los últimos sabios de Atenas se encontraron ante las puertas cerradas de su Academia, aquella Academia que Platón fundara hacia 385 a. c., y que ahora el emperador Justiniano mandaba clausurar

por edicto del año 529 d. c. Los últimos sabios buscaron refugio en Persia, pero no encontraron allá el ambiente propicio y filosófico que esperaban. El rey Cosroes los comprendió, y como acababa de firmar la paz con el Imperio romano, logró que en el tratado se añadiera una cláusula para conceder a los filósofos el regreso a la patria y la garantía de sus personas. Y ellos volvieron a Alejandría, centro en todo caso algo más distante que Atenas de Constantinopla, donde se consagraron mansamente a la erudición y al aula, procurando no dar lugar a que se les acusara de proselitismo pagano, y donde desaparecen de la historia. 'La verdad —hemos dicho en otra parte— es que los filósofos llevaban la muerte en el alma y, como los buenos capitanes, montaban la guardia sobre el puente, mientras acaba de hundirse, abierta por los flancos, la nave de Grecia'. Sigue un silencio de dos siglos. Se ha cumplido la palabra profética con que Juliano dijo adiós a la vida: 'Triunfaste, Galileo'."

ABELARDO VILLEGAS

✓ Antonio Gómez Robledo, *Idea y experiencia de América*. Fondo de Cultura Económica. México, 1958.

Jurista-filósofo o filósofo-jurista, Antonio Gómez Robledo, a despecho de las circunstancias, nunca ha traicionado su vocación más profunda, su yo "matrix". Aunque por ahora se llame a sí mismo "filósofo en vacaciones", es lo cierto que no ha dejado de estar en comunión con la problemática y la temática del saber principal o príncipe. Diplomacia y filosofía han terminado por armonizarse y fundirse —*reductio ad unum*— en su vida. Vida teórica que no le ha impedido servir —limpia y eficazmente— a su patria y a la coexistencia internacional.

Idea y experiencia de América es el último libro del Dr. Antonio Gómez Robledo. Libro vigoroso, cautivante y profundo. Libro en el que se une una honda meditación sobre el significado de América con una acuciosa investigación histórica sobre la experiencia internacional de los pueblos americanos. Libro ejemplar. Ejemplar por el esfuerzo de investigación, ejemplar por la claridad y elegancia de la prosa, ejemplar por el mensaje de americanidad. Escrito en alemán —aunque pocos son entre nosotros quienes lo saben— o en francés —porque afrancesados sí que abundan, por desgracia, en esta nuestra Iberoamérica— el libro hubiese provocado, en muchos de nuestros compatriotas capitalinos, alaridos de admiración. Pero escrito en castellano —y en buen castellano— ha paralizado la pluma de nuestros críticos. Sobre esta fábrica de silencios —miserable verduguillo de la envidia—, ha montado el autor su trayectoria intelectual, sin desviar la dirección de su pluma y sin suspender la mirada de las constelaciones axiológicas.

Y yo me alegro. Me alegro de que en esta lengua en que soñamos, rezamos y nos mordemos, haya sido redactada una obra señera, erudita, precisa, orientadora. Información de primera mano y reflexión de alto valor personal. Abundancia de pensamientos brillantes y de observaciones certeras. Todo ello en estilo sobrio, ceñido, digno. . .

Inquirir por la motivación radical del americanismo, para sacar a luz su realidad, es el propósito fundamental del autor. No se trata de un simple manipular la historia de las ideas y de los acontecimientos interestatales de nuestro Continente, para fines muy concretos; ni de un estudio historicista —por más que el autor empiece por invocar el influjo, en nuestro medio, de Dilthey, Burckhardt, Grothuyssen y Huizinga— ayuno de "vis" metafísica y privado de todo fundamento. El irrenunciable hábito de filosofar, combinado con la ex-